

la calle
diario de un espectador
K
miguel ángel granados chapa

De igual modo en que hay novelas-río, en que fluyen varias historias, una buena película de aventuras debe contener relatos diversos, unos apenas sugeridos, dejados a la imaginación del espectador, y otros desarrollados de modo explícito, a veces separados durante largo rato hasta que se reúnen en algún momento de la trama.

Ese es el caso de esta película de título brevísmo. K. Varias hebras componen al final un tejido donde se aprecia la lógica de los acontecimientos, a ratos deliberadamente confusos, como una metáfora de la realidad humana, donde sólo algunas vidas están marcadas por esa maldición-bendición (o bendición-maldición) que es la sencillez, la línea recta.

La historia principal de K transcurre en dos tiempos, ambos cruciales para la humanidad. Por un lado, la etapa de la barbarie nazi, cebada de modo muy cruel en los judíos, cuyo exterminio había sido concebido por Hitler como "la solución final". Por otra parte, algunos de los protagonistas de aquellos episodios terribles se encuentran de nuevo, en una Alemania por entero diferente a la de los años cuarenta. Vencido el Tercer Reich, el país entero, y Berlín, su capital, quedaron partidos en dos. La ciudad sería, más adelante, materialmente dividida, por un muro que cayó en 1989, como preludio del derrumbe del mundo socialista. Por añadidura, está a punto de estallar la Guerra del Golfo, iniciada por el dictador de Iraq, Saddam Hussein, que invadió a su vecino Kuwait en 1991 y resultó vencido por la poderosa aviación de Estados Unidos apoyada por la británica.

Ese es el marco en que ocurren los acontecimientos. El protagonista es Samuel Bellamy, un judío francés que forma parte de la policía secreta en París, donde tiene dificultades con agentes antisemitas, de extrema derecha. Tiene, en cambio, un amigo singular, con quien ha conservado una larga relación, desde su infancia. Es como su padre, lo que incomoda al verdadero progenitor de Bellamy, un judío sefardita, pequeño empresario de artes gráficas. Katz es el nombre del amigo viejo. La inicial de su nombre es una de las razones del título de la película. Pero además de sugerir que la historia tiene algún parentesco con las de Kafka, la K se refiere también a la kadish, la oración fúnebre entre los judíos, el responso que se reza a la muerte de alguien o en su memoria.

Katz, salvado del holocausto, se dedica en París al comercio de antigüedades y un día, mientras juega ajedrez con Bellamy, como lo han hecho durante muchos años, un anciano pero fornido alemán se presenta en la tienda. Katz lo mata, adelantándose a lo que parecía iba a ser un ajuste de

cuentas. Katz explica que se trata de uno de sus torturadores, un oficial de las SS, las fuerzas de asalto de Hitler, que quería consumar su obra desestructora 45 años después. Bellamy deja libre a Katz y cuando éste se dispone a huir, su tienda es asaltada por cómplices del oficial alemán poco antes asesinado.

Bellamy se propone investigar lo ocurrido a su viejo amigo y se traslada a Berlín. Allí se verá en el centro de una intriga de la que forman parte los acontecimientos parisienses. Descubrirá que en medio de todo hay una horrible suplantación, el cambio de personalidad de un nazi caracterizado por su残酷, que ha eludido los castigos asestados a los criminales de guerra. Se hace evidente el negocio que medio siglo después se sigue practicando con los bienes robados a los judíos, valiosísimos cuadros de artistas de todas las épocas en este caso. La red que se aplica a esa sucia empresa está, por añadidura, vinculada a los intereses de Hussein, a quien auxilian en sus planes contra Israel. Pero no contaban con la Mossad, el servicio secreto israelí, que con discreción y contundencia a la vez se hará presente en la trama, de que seguiremos hablando mañana.